

usted, una guapa señora envuelta en pieles nos acompaña, y visite usted los diversos pisos; el de las estatuas y figurinas de todos los mármoles, de todos los metales, de todas las pastas; el de los vasos, de los relojes, de las vajillas. ¡Cuánta *bisutería* ideal; cómo rebosan los escaparates y las credencias de artefactos bonitos, y alguna vez bellos y siempre interesantes! Todo es una tentación, una provocación; el inapagable fuego artificial del industrialismo artístico; una *feeria*, como habría dicho el pobre Pancho Schiaffino, gran vaporizador de diamantes en las nubes. Todos los talleres de Europa han mandado aquí sus más ricas muestras y las más caras. En los anaqueles de una monumental vitrina acerté á descubrir un vaso cúbico de Gallé, el insigne poeta del cristal. ¡Qué precio! El Califato de Bagdad, aun cuando hubiera sido administrado por el taumaturgo Limantour, habría quebrado comprando unos cuantos cacharros de éstos, que parecen flores de un país de brujas, vitrificadas en una noche de aquellarre. ¡Pero qué forma, qué matices, y qué armonía entre matices y forma! Dichosos quienes puedan llenar sus vasares y sus retretes con cristales y maderas esculpidas de Gallé; de ellos es, en la tierra, el reino de los cielos.

Hablando en serio y dejando á un lado los califatos de «das mil y una noches,» no me perdonaría el no haber expresado mi admiración por el gusto y esplendor de estos salones de la casa Tiffani y por sus admirables talleres de cristalería y esmalte. Para visitarlos basta, en primer lugar, saber admirar como yo, que todo lo admiro, hasta la bisutería, hasta las chácharas de oro falso y los *bibelotes* de exportación, con tal que juegue en ellos un reflejo, aunque lejano, del sol del arte; y, en segundo lugar (y esto no gustaría á los amables jefes de la casa), no llevar dinero, también como yo, por varias razones; con no llevar dinero lo ve uno todo y lo saborea todo sin la angustia y el tormento de tener que elegir objetos por valor de mil pesos cuando cómodamente pueden escogerse por valor de cien mil. De los productos de la casa, de lo no importado, lo que más me gustó fué la colección de floreros formados cada uno de un cáliz in-

menso de cristal de colores indefinibles con visos mágicos y que, en las salas americanas, se ponen sobre el piso y se coronan de crisantemas y de peonías, y los vasos de formas extrañas como las de las flores asiáticas y de reflejos metálicos; son de cristal tan puro que, llenos de agua limpia, parecen vacíos, y la luz arranca de sus vientres redondos, de sus cuellos císnicos, de sus asas elegantes y puras, no sé qué llamaradas de oro, no sé qué cambiantes y tornasoles suavísimos y exquisitos; aquello es el triunfo del matiz, es la poesía en cristal de los decadentes, cuando son poetas; aquello no es el color, es

la nuance!
 ¡Oh! la nuance seule fiance
 le rêve au rêve et la flûte au cor.

*

En una tarde como esta, en que la lluvia ha lavado el humo de la atmósfera y el claro azul polar del cielo, después de la fuga de las nubes, impregnado del oro muerto de un ocaso de Otoño, parece un domo de cristal metálico, como los de Tiffany, es un punto de vista incomparable la estación del *Elevado*, cercana á *Unión Square*, en el punto en que el ferrocarril aereo corta la calle Catorce. En toda la extensión de la calle, hasta donde la vista alcanza, corre, ondeante y rumoroso un doble río de plumas, sedas, y arniños, de todos los azules, de todos los grises, de todos los blancos, de todos los púrpuras, de todos los negros; aquella policromía que produce en la vista el efecto de una larga caricia de terciopelo y besa los oídos con el interminable fru-frú de las sedas que se tocan y de las risas que se encienden en las bocas en flor de las razas sanguíneas y da un atractivo paralizador al espectáculo; no se quisiera dejar de mirar.

Fuímos á ver más de cerca y nos mezclamos á aquellas dos ó tres mil mujeres, casi todas elegantes, que *tendéan*, como aquí dicen, en los lujosos almacenes de la calle Catorce. Se cuenta en New-York que un abogado mexicano, muy serio y muy de-

voto, decía á un compatriota que lo veía vagar frente á los templos protestantes ó católicos, un domingo, en la Quinta Avenida: «estoy buscando una mujer fea.»—Probablemente no todas estas mujeres que recorren la calle Catorce tan ligeras, tan risueñas, tan jóvenes, tan elegantes, tan fuera de la idea que nosotros nos formamos de la *yankee*, por los ejemplares enormes, desvalidos, anémicos y de espejuelos que suelen llegarnos del Oeste, probablemente, decimos, no todas son bonitas, ni tienen todas el porte parisiense, ni . . . Pero lo parecen. Es una multitud cosmopolita en que campean los productos de todas las latitudes y de todos los cruzamientos, rebosando fuerza y savia, saturada de caldo rojo de roastbeef, de jugo dorado de uva y de calor psíquico de te, que la excita y la lanza al través de este aire frío que busca la tez para morderla tras el velo de punto; es una multitud semi-enloquecida por el aspecto de los artículos de lujo; su fisonomía colectiva es hermosa, gallarda y brava.

Pararse, cosa muy mexicana: aquí nadie se para, yo no conozco parados en las calles de New-York más que á Washington en las gradas de la Sub-Tesorería en Wall St., al general Lafayette por aquí cerca, y al gran periodista Horace Greeley en una de estas esquinas agudas que forman Broadway y las Avenidas: dicen que Franklin, un admirable y fastidioso grande hombre, Lincoln, el supremo leñador que hizo leña de la esclavitud, y el heroico condotiero Garibaldi, están parados por ahí también; pero para lograrlo han necesitado ser de bronce, si no, los habrían obligado á andar ó á meterse en un jardín cualquiera. Pararse, decía yo, junto á la inmensa vidriera de un aparador de éstos, tras de la cual se amontonan y desmoronan las pirámides de pieles ricas, de sedas, de peluches, de encajes, en una decoración multiplicadora de espejos de inverosímil tamaño; pararse y ver pasar aquella interminable teoría de mujeres crujientes y perfumadas bajo sus plumones de avestruz ó de eider, los ojos encendidos como gemas vivas y las bocas entreabiertas; todas ellas entre un relampagueo de raso y terciopelo, reflejado, como un vuelo de pájaros en el agua, por el cristal del

escaparate próximo, es un impagable espectáculo, es un codeo voluptuoso con la civilización vestida con el arlequinesco traje de la moda y sacudiendo sus cascabeles de oro, ebria de lujo y de placer.

*

Estos *yankees* se pagan unos gustos capaces de hacer estremecer de envidia, en sus tumbas académicas, á todos los puercos de la piara de Epicuro de Grecia y Roma, entre quienes descolaba el poeta favorito de los antiguos magistrados de las antiguas supremas cortes de justicia, *el Venusino*, como se le llamaba siempre al gotoso y divino Horacio. Sí, les daría envidia esto de ingurgitar, como lo hacíamos mi compañero y yo, una cantidad respetable de ostras de New-York (*blue points*) regadas por auténtico y caro y deleitosamente acidulado vino del Rhin, en *Hoffman-House*, una regia taberna en esta ciudad en que las tabernas son tan lujosas como los gabinetes dentales. Figúrense nuestros lectores que cuando nos repantigamos frente á las ostras consabidas, habíamos admirado, colgados en los muros de este emporio de la cerveza y del *manhattan-cocktail*, algunos cuadros bellísimos de la antigua escuela italiana y que, delante de nosotros, en un altar de plantas exóticas, rodeado de guirnaldas de las flores eléctricas de Edison, brillaba un gran cuadro de Bouguereau, primoroso, indefecto, un poco sordo y marfilino de colorido: *las ninfas y el sátiro*. Entre una y otra docena de estos delicados moluscos, que aquí echan á perder con una salsa blanca que sabe á iodo, observábamos cuán agradable y hermoso es todo en el famoso maestro francés: plantas, mujeres desnudas, lontananzas húmedas y sombrosas, agua transparente, movimiento admirable del gran orangután cornudo, con patas de chivo y rostro de viejo lúbrico, que se deja arrastrar al estanque por las ninfas traviesas y reidoras; todo es encantador, todo bonito, y poco después empalagoso. . . . ¿Por qué es empalagoso? No lo quiero decir, y eso que soy terriblemente dul-

cero; esto me empalaga. ¿La razón? No me la preguntéis, os digo, porque la ignoro.

Cuando regresamos á nuestro hotel encontré algunas amables invitaciones, una, entre ellas, del señor general Fr., tan conocido en la sociedad elegante de México; pero ¡ay! tenía tanto cansancio en los pies, tanto grillo en la cabeza y tan poco inglés en la punta de la lengua, que . . . aprovecho esta oportunidad para darle las más rendidas gracias.



LA VITA BUONA

El propósito ¿no lo he dicho ya? es consignar, en rápidas noticias, mis sensaciones causadas únicamente por el aspecto exterior de las cosas en este país interminable. A lo demás renuncio, no me meteré en honduras; acaso más tarde—¡oh! nada vale tanto la pena como este estudio para nosotros los mexicanos!—acaso más tarde me sea dado intentar, después de un nuevo viaje algo lento, penetrar en busca del alma del coloso más allá de las facciones y de la epidermis. Ahora no; ahora me paso el tiempo queriendo entender lo que anuncian los conductores de los wagones del *elevado* cada vez que va á hacer alto el tren, es decir, cada tres minutos, y nunca logro entenderlos, con la agravante de que sé lo que van á pronunciar.

Lo que es para mí tentación suprema, es ver las escuelas. Un día que iba solo rumbo al *Central-Park*, muy temprano, me colé en una. ¡Cuánto bueno entreví en cinco minutos! El edificio me pareció muy pintoresco, pero muy alto; en estas elevadísimas y graciosas torrecillas espía á los niños el duende feroz del incendio; es verdad que todo está previsto, escaleras de